

época y la temática estudiadas contribuye, de hecho, a traer la memoria hecha de imágenes al discurso histórico ahora elaborado.

Antonio Rivera Blanco (Miranda de Ebro, Burgos, 1960), es Catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco, donde llegó a ocupar el cargo de vicerrector del Campus de Álava entre 1997 y 2004. Entre su variada producción historiográfica podríamos destacar *La ciudad levítica: continuidad y cambio en una ciudad interior (Vitoria, 1876-1936)* (1992), *Señas de identidad: izquierda obrera y nación en el País Vasco, 1890-1923* (2003) y *La utopía futura. Las izquierdas en Álava* (2008). A su faceta de historiador añade la de político, en la que se inició en 2005 como parlamentario vasco bajo las siglas del Partido Socialista de Euzkadi. En la actualidad ocupa el cargo de consejero de Cultura del ejecutivo de Patxi López.

María del Mar Larraza Micheltorena
Universidad de Navarra

Fuentes, Juan Francisco, *Adolfo Suárez. Biografía política*, Barcelona, Planeta, 2011. 621 pp. ISBN: 978-84-08-09916-1. 23'70€

Siglas y abreviaturas, p. 15. Agradecimientos, p. 17. Cap. 1. Un joven delgado con una maleta marrón, p. 21. Cap. 2. En la cresta de la ola, p. 57. Cap. 3. De cesante a ministro, p. 97. Cap. 4. Presidente, p. 151. Cap. 5. Vértigo, p. 213. Cap. 6. Sol que se pone, p. 279. Cap. 7. Dimisión y golpe de estado, p. 357. Cap. 8. La insostenible levedad de la oposición, p. 437. Cap. 9. Nostalgia de otras vidas, p. 495. Epílogo: elogio de la transición, p. 537. Notas, p. 557. Fuentes y bibliografía, p. 595. Índice alfabético, p. 613.

Con *Adolfo Suárez. Biografía política*, Juan Francisco Fuentes nos proporciona la obra sin duda más valiosa hasta la fecha de la figura que, junto con el rey Juan Carlos, cabe considerar con toda justicia la personalidad más decisiva en el éxito de la transición democrática española. El autor del libro, avalado por una trayectoria académica e investigadora del más alto nivel –basta recordar, por limitarnos sólo a dos de sus publicaciones, las brillantísimas biografías que ha dedicado a Luis Araquistáin y a Largo Caballero–, ha logrado condensar en un texto de más de 500 páginas un profundo y muy documentado análisis de toda la trayectoria política de Suárez, desde su arranque, en el verano de 1955, hasta los años que siguieron a la decisión de abandono de la presidencia del

CDS, el 26 de mayo de 1991, cuando tendría lugar su encuentro –dice el autor- con las ‘otras vidas’ –la familiar, desde luego- de las que se había visto privado durante tantos tiempo de intensa dedicación a la política.

La elevada altura académica de la presente obra queda realzada por la amplitud, relevancia y la calidad de las fuentes trabajadas; de entre las que destacan dos ricos fondos documentales hasta ahora inéditos: el archivo personal de quien durante más de treinta años ofició de confidente personal y de ‘pluma en la sombra’, de Suárez, Eduardo Navarro, así como el archivo personal de Luis Sanchís, responsable del equipo de analistas y asesores que ininterrumpidamente trabajaron para Adolfo Suárez desde abril de 1977 hasta enero de 1981. La información aportada por los dos fondos citados se ha visto complementada por una rica selección de testimonios orales, por un extenso uso de fuentes impresas o por un solvente manejo crítico de la información disponible en la numerosa bibliografía existente sobre Suárez y sobre el período. El resultado ha sido, como ya se ha indicado, un relato muy completo y de notable riqueza, además de escrito con gran brillantez, fundado en hechos constatables, cuando ha sido posible, así como en hipótesis siempre justificadas y muy sugerentes, cuando el estudio se ha adentrado en las no escasas zonas brumosas que aún hoy envuelven en un cierto halo de misterio la peripecia vital y política de Adolfo Suárez.

El 11 de junio de 1968, un martes, -nos relata con gran amenidad Fuentes- tenía lugar la ceremonia de toma de posesión de sus cargos de los quince nuevos gobernadores civiles que habían sido nombrados el 31 de mayo. En la lista se encontraba el nombre de Adolfo Suárez González. Contaba entonces con treinta y cinco años, había ganado unas elecciones a procuradores de Cortes por Ávila ocho meses antes, y formalmente accedía en ese momento al gobierno civil de Segovia.

Aunque el cargo recién estrenado distaba de ser ‘un virreinato de primera’, Adolfo tenía buenas razones para sentirse satisfecho por la posición, algo más que intermedia, que acababa de conquistar dentro del *establishment* franquista. Si bien nos consta que las ambiciones políticas de Suárez todavía estaban lejos de verse plenamente cumplidas, de alguna manera con su investidura del 11 de junio tenía lugar la culminación de una andadura. Ésta se había iniciado en Ávila trece años antes, en el verano de 1955, cuando, mediante el recurso, nada infrecuente por entonces, de la recomendación, se convirtió en secretario de Fernando Herrero Tejedor, figura descollante del régimen que acababa de trasladarse a esa ciudad castellana para ocupar la plaza de gobernador

civil. Aunque Adolfo iba a permanecer poco tiempo en el nuevo empleo, apenas un año –pues en agosto de 1957 Herrero abandonó la sede abulense para ocupar un nuevo destino en Logroño–, la amistad entre los dos iba a perdurar.

El tipo de relación que se entabló entre Herrero Tejedor –que por entonces tenía 35 años– y Suárez, nos dice el autor, enseguida adoptó un peculiar aire paterno-filial, seguramente más que por la diferencia de edad (Adolfo contaba con 24 años), debido a la considerable distancia de estatus y de trayectoria que separaba a uno del otro. En el verano del 55, Fernando ya era alguien bien situado en el aparato del Estado, disfrutaba de buenas conexiones (algo fundamental en un sistema político tan jerárquico y endogámico, de familias y de castas, como era el franquismo) y ya se le auguraba un futuro muy prometedor.

El acontecimiento del verano de 1955 acabó siendo crucial en la vida de Suárez. Resultó decisivo para que Adolfo superara las dudas que hasta entonces le asediaban sobre el propósito o meta al cual dirigir sus impulsos vitales. A partir de aquel momento su futuro se iba desarrollar en el entorno del poder. Sería ahí donde hallaría por fin su verdadera pasión y vocación, y en donde pondría todo su esfuerzo para desarrollar una profesión. Fue entonces cuando comenzó a tomar cuerpo aquella llamativa inquietud por la política que, según el testimonio paterno, siempre manifestó Adolfo en sus ilusiones y fantasía infantiles y juveniles.

En realidad, antes del verano de 1955, Suárez no había visto con claridad que en la política radicara su destino. En algún momento consideró, al parecer con seriedad, la posibilidad de ingresar en un seminario, para ‘meterse a cura’; incluso llegó a cifrar en el fútbol, y hasta en el boxeo, una actividad adecuada a sus talentos personales, a la que dedicarse profesionalmente. En aquellos años, escribe Fuentes, ‘la vida le iba marcando el camino sin que él tuviera demasiado que decir’. Puede que las cosas, al menos en parte, fueran así, pero lo que asimismo traslucen las páginas de Fuentes es que Adolfo, en el fondo, hacía mucho más que dejarse ir por la vida. También parecía estar en posición de alerta, olfateando de manera realista el terreno, tratando de divisar, en función de sus cualidades y de sus aptitudes, el lugar idóneo donde asegurarse el futuro más próspero. Se matriculó en Derecho –escribe el autor–, porque, para un hombre como él, de clase media, carente de un gran patrimonio familiar, y sin conexiones con el poder, en buena medida el futuro –el que fuera– dependía de tener en el bolsillo ese título universitario. Apenas se trataba más que de un trámite, impuesto por las circunstancias. De ahí su decisión de cursar la licen-

ciatura como alumno libre, o el escaso interés y dedicación que prestó a los estudios jurídicos, lo cual se tradujo en un flojo expediente académico.

Las dudas y cavilaciones profesionales de Adolfo comenzarían a disiparse precisamente en el verano del 55. Aunque, según se infiere de la narración de Fuentes, no de golpe. Pues todavía hubo margen para más de un tanteo. El primero se lo iba a proporcionar su paso por el Colegio Mayor Francisco Franco –donde residió, gracias a la intermediación de Herrero, en régimen de alojamiento gratis- y su acceso a un puesto de trabajo en la administración del Estado, gracias de nuevo a los buenos oficios de su protector y amigo, ya promocionado a la Secretaría General del Movimiento como delegado de provincias. Una posición, la de su valedor, de altura, que le convertía en mano derecha del influyente ministro José Solís. Seguidamente encaminó Adolfo sus pasos a procurarse su ingreso por oposición en el Cuerpo Jurídico de la Armada. Se trató de un intento fallido, a pesar –señala el autor- de haber contado con un buen ‘padrino’, Hermenegildo Altozano, coronel jurídico de la Armada y gobernador provincial y jefe del Movimiento en Sevilla, a quien Adolfo, con su amabilidad y con su buen hacer –tan cortés y tan servicial- había logrado ganarse desde su puesto de trabajo en la delegación de provincias. Después vino su inesperada marcha de las oficinas de Alcalá 44 –sede de la Secretaría General-, “sin ningún miramiento”, “sin despedirse de su jefe” –señala el autor-, para preparar las oposiciones citadas –en realidad, más para ganarlas que para prepararlas-, y dar así un empujón a su carrera, aunque fuese a costa de enemistarse con su protector Herrero. Tras su fracaso opositor, a Suárez no le quedaba mejor opción que emprender el regreso a la sombra protectora de su mentor. Y Herrero que, además de patrón, actuaba también de padre, no dudó en acogerle de nuevo en su regazo, con gran generosidad de su parte.

A partir de ese momento –muestra Fuentes en sus páginas- la fase de los tanteos iniciales quedaba superada, y Adolfo se concentraba, ya sin apenas escarceos, en la tarea de ganar los puntos necesarios y en hacerse con los contactos requeridos para sacar un provecho rápido, sin demasiados sobresaltos, a las posibilidades de forjarse una buena carrera política que brindaba el aparato político-institucional del régimen.

En febrero de 1961 un Herrero Tejedor en ascenso era promocionado al cargo de Vice-Secretario General del Movimiento y Suárez se convertía en jefe de su Gabinete Técnico; poco después, desde su nuevo puesto, organizaba (y lo seguiría haciendo en años sucesivos) los cursos de verano de la Administración Local, por los que pasaban lo más granados de la élite burocrático-fun-

cionarial del franquismo. Una excelente plataforma, por lo tanto, para conocer y para dejarse conocer. Fue, por entonces, cuando Adolfo iba a entrar en contacto con una figura de gran prestigio e influencia dentro de los círculos oficiales de poder, como era Torcuato Fernández-Miranda, figura que, como bien se sabe, le iba a resultar clave en más de un momento clave de su trayectoria política.

De que Suárez en aquellos años no perdía el tiempo es una prueba, apunta Fuentes, su nombramiento a primeros de 1962 de adjunto de su amigo Rafael Ansón, a la sazón jefe de Relaciones Públicas de la presidencia del Gobierno. Se trató de un cargo que Adolfo acumuló al que venía disfrutando desde comienzos de 1961, lo que era una elocuente demostración de que Suárez no se paraba en mientes cuando se trataba de “ir avanzando”. En dicho avance no dudó en aproximarse al ‘grupo Carrero’, entonces claramente al alza, representado más que ningún otro por Laureano López Rodó -a quien en esos años Adolfo no dudó en cortejar-, pero sin dejar por ello de formar parte de los ‘azules’ del régimen. Puede que aquel ‘chico de Cebreros’ careciera de una elevada instrucción intelectual y jurídica, puede que no estuviera a la altura de la meritocrática clase funcionarial que acaparaba las posiciones de poder y de influencia del Estado; pero lo que, además de otras cosas, si estaba demostrando aquel chico de Cebreros –señala el autor- era su gran sentido de la oportunidad, su gran habilidad política, aquello que a falta de otra expresión más precisa podemos denominar, y así de hecho escribe Fuentes, su formidable instinto de supervivencia política.

La dura pugna entre falangistas y tecnócratas que, con antecedentes más o menos claros, se venía dirimiendo desde finales de los años 50 por el control político e ideológico del sistema, o por la gestión (la dirección, en realidad) de su continuidad en el futuro, no parecía ir con él. Adolfo daba sobradas muestras de saber arreglárselas a las mil maravillas para estar con todos o, quizás mejor, para estar más con unos que con otros, según sus propios cálculos, o según sus necesidades, sin dejar por ello de estar con todos –aunque, bien pudiera pasar, que en el fondo no estuviera verdaderamente con ninguno-.

En 1963 Suárez continuó enriqueciendo su *currículum* político con nuevos cargos y honores, al ingresar como funcionario en el Instituto Social de la Marina y obtener el nombramiento de jefe de la asesoría jurídica de la Delegación de Juventud. De momento sólo pertenecía a una clase media funcionarial. Pero contaba con 30 años, y sobre todo amigos y conexiones no le faltaban. Y si eso no lo era todo para progresar en el sistema, sí era desde luego un requi-

sito imprescindible. No habría que esperar demasiado para comprobar hasta qué punto.

En noviembre de 1964, gracias a sus buenos contactos con López Rodó, era nombrado por Pío Cabanillas, en ese momento subsecretario de Información y Turismo, secretario de las comisiones asesoras de TVE (un año después sería ascendido a director de programas). La situación de Suárez, además de ‘muy prometedora’, tenía –acertadamente escribe Fuentes– algo de insólito, debido a la sorprendente habilidad con la que había logrado hacerse presente en unos círculos de poder tan distintos en cierto modo, y en tanto grado rivales, como los ubicados en Alcalá 44 (la sede de la Secretaría General del Movimiento), en Castellana 3 (sede de la Subsecretaría de la Presidencia) y en Prado del Rey s/n –de momento un ámbito de predominio azul–. ‘Era, escribe el autor, como poner una vela a Dios y otra al diablo’.

Fue hacia esas fechas –escribe Fuentes– cuando debió de tener lugar ‘su ingreso en el Opus Dei’. No es fácil determinar, se pregunta el autor, hasta qué punto influyeron en esa decisión cálculos de conveniencia o de oportunidad política, o bien fueron prioritarios unos motivos estrictamente espirituales, sin duda relacionados con la intensidad de su vida de fe –que cultivó desde su juventud–, o con su temprano contacto con las meditaciones espirituales y ascéticas escritas por el fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá de Balaguer en *Camino* (libro que incorporó a sus lecturas espirituales por indicación de quien fuera su director y consejero en asuntos del alma, Santos Moro, obispo de Ávila). A este respecto, sin embargo, resultan muy oportunas la reproducción por Fuentes de las declaraciones hechas por Suárez al *Paris Match* en 1976, en las que el entonces jefe de gobierno recordaba que llevaba más de diez años insistiendo en que la institución a la que había pertenecido era una ‘organización piadosa’ y *nada más*.

En cualquier caso, considerado el agrio resquemor, o incluso la abierta hostilidad, con la que la Obra era percibida en determinados ambientes oficiales –en parte a causa de la tendencia del sector azul del régimen a atribuir el desviacionismo político e ideológico supuestamente encarnado por López Rodó y los tecnócratas a la particular espiritualidad católica del Opus Dei–, resulta muy dudoso pensar que fuera la oportunidad política la que decidiera a Suárez a incorporarse a aquella institución.

En la evolución del franquismo, por otro lado, el año 1966 significó una suerte de hito culminante en el lento y farragoso proceso de institucionalización del franquismo. En diciembre se aprobaba en referéndum la Ley Orgáni-

ca del Estado. De su desarrollo en la Ley de Representación Familiar surgía la nueva figura del procurador electivo por el llamado ‘tercio familiar’. La convocatoria de las correspondientes elecciones fue enseguida percibida por Suárez como una ocasión, que no se debía desaprovechar, para seguir impulsando su meteórica carrera política. Como cuenta Fuentes, nada más publicada para el mes de octubre de 1967 la convocatoria de elecciones, Adolfo movilizó con toda la eficacia que pudo a sus amigos políticos, y no dudó en hacer valer su cargo de director de la primera cadena de TVE para promocionar su imagen entre sus paisanos de Ávila, circunscripción por la cual decidió oportunamente presentarse. Aunque a pesar de todos sus esfuerzos sólo alcanzó –y un tanto *in extremis*– ser el segundo de los tres procuradores elegidos, su llegada a las Cortes orgánicas le iba a permitir satisfacer su ambición de convertirse en gobernador civil y, de este modo, dar su salto definitivo a la política. Dicho salto acabó consumándose, como ya se ha dicho, el 11 de junio de 1968.

No había ninguna duda que el flamante nuevo gobernador civil de Ávila era un político oportunista y pragmático, dotado de una gran capacidad para sacar provecho en beneficio propio de las posibilidades de ascenso y de promoción personal que ofrecía el sistema político, y asimismo para eludir aquellos otros condicionantes internos que pudieran significar un bloqueo o estancamiento de su carrera política. Adolfo “[t]rabajaba en el Movimiento como podía haberlo hecho en el ministerio de Agricultura”, como según refiere el autor escribió su amigo y colaborador, Eduardo Navarro, un falangista mucho más ‘auténtico’ y consecuente.

Así pues, ni falangista ni lo contrario –concluye Fuentes–. Políticamente resultaba muy difícil de clasificar. No obstante, aquella indefinición de Suárez, para quien las luchas político-ideológicas de las minorías franquistas podían ‘estar muy bien’, pero que daba la impresión de que no fueran con él, en ningún caso autorizaría a cuestionar su identificación plena en esos años con el franquismo. Adolfo era un hombre del sistema, comprometido con su mantenimiento y con su continuidad, en gran medida porque de lo anterior dependía directamente su propio porvenir o, más concretamente, la buena marcha de su carrera política. Pero también –se viene a decir entre líneas en el estudio de Fuentes– porque en su ánimo, en su fuero más profundo, existía la convicción de que el sistema vigente, con sus reglamentos y sus instituciones, con su paternalismo y sus minorías dirigidas, con sus modos autoritarios y ordenancistas, y, cómo no decirlo también, con sus evidentes perfiles policiales y represivos, para él, representaba la mejor garantía, o quizás la única, para “que las co-

sas fueran algo mejor para todos e ir avanzando poco a poco por el buen camino”. En dicha convicción, tan elemental, pero seguramente por eso tan sólida, parecía sustentarse por entonces las convicciones políticas del Suárez. Y éstas seguramente guardaron algún tipo de conexión con una comprensión muy partidista y sectaria de la Historia reciente de España; según la cual eran *los otros* – los anticlericales, los modernizadores liberales, las izquierdas- los únicos y verdaderos responsables de la división del país y de la tragedia de la guerra civil.

Seguramente fue alrededor del año de 1968 cuando comenzó a trazarse una línea divisoria en la trayectoria política de Suárez. En muy pocos años, el hábil servidor del Estado del 18 de julio que era hasta entonces iba a iniciar un viaje de salida del aparato del régimen. Se trató, en su caso –nos cuenta y nos va detallando con gran solvencia el autor-, de un viaje nunca sujeto a una planificación rígida ni muy elaborada, que se fue desarrollando y perfilando un tanto sobre la marcha, en función del curso que iban tomando los acontecimientos, cuya razón primaria –aunque no la única ni exclusiva- estribó en la firme voluntad de Adolfo –y en esto no se distinguió de tantos otros de su misma clase (política) y condición (dirigente)- de estar bien situado en los alledaños del poder cuando se produjera el eufemísticamente denominado *hecho biológico* o muerte de Franco. Este último, en el último año de la década contaba con “79 abrilés” y, aunque de momento gozaba razonablemente de buena salud, no había razón alguna para pensar que fuera eterno.

La gran baza de Suárez, la que le iba a permitir cobrar un especial protagonismo, así como acabar tomando la delantera a otros con mucha mayor formación, con más y mejores conexiones con el poder, o con mayor prestigio personal y político que él, consistió en su demostrada superior habilidad para labrarse una estrategia ‘cortoplacista’, siempre adaptada y en consonancia con sus propias circunstancias (las de un dirigente del aparato franquista) o con las exigencias que en cada momento consideró imprescindible para asegurar a todo trance la unidad y la estabilidad política del país. Ni que decir tiene –como, al respecto, deja plena constancia el autor en las páginas del libro- que, por lo menos hasta 1973, sus expectativas seguían de momento ancladas en la continuidad del régimen, aun a costa de someterlo a las adaptaciones y reformas internas que fueran necesarias. Pero una cosa quedaba en cualquier caso clara: su visión del postfranquismo todavía distaba considerablemente de una apertura plenamente democrática.

Un Adolfo, por lo que nos indica el autor, siempre en estado de alerta no iba a desaprovechar la primera ocasión que se le presentase para ir ganando

posiciones cara a un futuro, en el cual ‘la Monarquía empezaba a ocupar un lugar preponderante’.

Y esa ocasión se le presentó en enero de 1969, cuando don Juan Carlos, acompañado por Doña Sofía, y por los reyes de Grecia, realizó una visita turística a Segovia, donde como ya se ha dicho venía, desde junio del año anterior, ocupando la plaza de gobernador civil. Y Suárez se esforzó en dispensarles la mejor acogida posible. A partir de entonces, entre Adolfo y el Príncipe, cuenta el autor, se entabló una relación intensa que inmediatamente trascendió el terreno de la amistad. Aunque aún faltaban seis meses para que Juan Carlos fuera oficialmente proclamado por el caudillo su sucesor, Suárez no debió ver necesario esperar tanto para decidirse a ligar su propio futuro político a la figura del futuro rey.

Que en aquel encuentro de enero de 1969 el gobernador civil de Segovia se presentase ante el Príncipe con toda una hoja de ruta en el bolsillo, para hacer posible el tránsito del régimen autoritario a la democracia, del que de inmediato haría entrega a Juan Carlos, es un episodio totalmente ficticio, que forma parte de la leyenda en torno a Suárez. Otra cosa distinta es que en su cabeza se estuviera ya perfilando un plan para acometer un futuro sin Franco y con el Rey, y que en sus conversaciones con Juan Carlos, de una manera o de otra, abordara el tema. Esto sin duda fue lo más probable que ocurriera, y esa misma es la hipótesis por la que se decanta el autor.

De la lectura de las páginas de Fuentes parece desprenderse que, si acaso por aquel entonces a Suárez le rondaba por su cabeza algún plan de futuro, éste apenas debía variar sustancialmente de lo que pensaban en esos mismos momentos otros sectores reformistas. Esto era; que, en ausencia de unas asociaciones capaces de articular un modelo de participación política dentro del sistema, apenas cabía pensar que hubiera un futuro.

Quizás, en todo caso, y como mucho, dado su propio eclecticismo político, su paso y experiencia en el seno de Movimiento Nacional, donde se canalizaba el poder territorial del Estado, dado asimismo su familiaridad con la tradición populista y social de Falange (a pesar de lo atípico y poco fervoroso de su falangismo), Suárez adoptó –e iría desplegando– una posición más enfática que otros en la fórmula de la movilización de la sociedad, a través de unas elecciones más o menos abiertas o en pro de unos programas de hondo calado social, como medio de legitimación de una solución Monárquica en un futuro postfranquista. Si bien parece claro que con dicho plan se buscaba neutralizar cara al futuro a los sectores más acérrimamente inmovilistas y rígidamente le-

gitimistas del Estado del 18 de julio, en las previsiones de Suárez asimismo se contemplaba ligar la Monarquía con unos tonos populistas y con unas posiciones sociales avanzadas, para lograr la neutralización política de los grupos de la oposición democrática, no su incorporación. ¿Debería esa España postfranquista fundarse en un eje político centrista, superador del binomio derecha-izquierda? O, por el contrario, ¿debería articularse en torno a un esquema bipartidista, formado por una izquierda y por una derecha dinástica? Como señala el autor, durante mucho tiempo Suárez no acabaría de verlo claro. El camino a seguir, en cualquier caso, se determinaría andando (por el camino que marcara la evolución del país).

Sin embargo, las previsiones políticas de Suárez, se ajustasen más o menos a las líneas descritas, no significaban más que humo de paja en caso de no producirse su ascenso a posiciones de poder de máxima relevancia, lo que equivalía a ojos de Suárez al ingreso de su nombre en la lista de un nuevo gobierno. El 23 de julio las Cortes, por fin, proclamaban a Juan Carlos sucesor de Franco con el título de Príncipe de España. A partir de ese momento, cuenta el autor, Suárez vio muy próximo su sueño de convertirse en ministro. Las cosas no obstante no fueron como esperaba. En el último momento se quedó fuera y se hubo de contentar con el nombramiento de director general de RTVE.

Durante los meses siguientes, al tiempo que España se iba aproximando a gran velocidad hacia unos momentos cruciales para su futuro, la trayectoria política de Suárez pareció haberse quedado estancada, sin que se produjera en el horizonte ningún signo que presagiara su definitivo salto al primer plano de la política. Para Adolfo esa situación de estancamiento y de *impasse*, que –apunta Fuentes– se vio agravada con su salida de RTVE en junio de 1973 –lo cual pareció demostrar hasta qué punto, escribe el autor, “la política se le había visto esquivá”–, fue extraordinariamente frustrante. La situación iba a empezar a cambiar el 20 de diciembre e 1973, a raíz del asesinato por ETA del almirante Luis Carrero Blanco. Sin embargo, dicho cambio no iba operarse de repente. De hecho, de momento, Adolfo quedaba fuera del nuevo gobierno presidido por Carlos Arias Navarro. Un gobierno en el que tampoco quedaron vestigios del tándem Carrero-López Rodó, lo que, apunta Fuentes, llevó a algunos amigos de Adolfo conocedores de su “hilo directo” con Carrero a pensar en ‘su muerte política’.

En los meses siguientes, la situación en el interior del régimen se fue agravando al compás del creciente deterioro de salud de Franco que, en julio de 1974, ingresaba en el hospital de La Paz aquejado de una flebitis. Mientras

tanto Suárez, aun embargado por sentimientos contradictorios sobre su futuro, continuaba albergando esperanzas de que se produjera un cambio drástico en su posición. Todas sus esperanzas estaban puestas en el Príncipe de España, en su capacidad para presionar a Arias Navarro a su favor, y éstas se vieron finalmente cumplidas a comienzos de marzo de 1974, al calor de la primera remodelación del gobierno Arias que llevó a Herrero Tejedor a la Secretaría General del Movimiento y, con él (y junto a él, habría que puntualizar), a Suárez al cargo de vicesecretario general de dicha institución del Estado. Como escribe Fuentes, citando a Ortí Bordás, la designación de Adolfo, en círculos cercanos al poder, a pesar de su trayectoria anterior, ‘causó sorpresa’.

A partir de ese regreso a la política oficial, Suárez iba a desplegar una actividad incesante que ya no pararía hasta consumarse el proceso de transición política desde el franquismo hasta la democracia. Ni siquiera la muerte de Herrero, en junio de 1975, iba a frenarle en su activismo.

Estar situado al frente de la institución donde se concentraba en buena medida el poder territorial del aparato del Estado, como era el caso del Movimiento Nacional, proporcionó a Suárez una inigualable plataforma de autopromoción política que iba a demostrar saber muy bien cómo aprovechar. En su propio beneficio y en el de sus planes. Su actuación, ante las convulsiones producidas por una dura y creciente ofensiva terrorista, protagonizada sobre todo –pero no únicamente– por ETA, por una movilización política y sindical cada vez más visible de las fuerzas de la oposición democrática, o por la divisiones internas y tensiones causadas por los inmovilistas del llamado *búnker*, consistió –señala el autor– en no parar, en no dudar y en “tirar para adelante”, y sobre todo en moverse con la mayor rapidez, para adelantarse a todos los demás.

Todas esas variables de la acción de Suárez, que constituyeron la argamasa que proporcionó solidez su estrategia, comenzaron a dejarse ver, así como a mostrar su eficacia, a partir de diciembre de 1975, una vez constituido el nuevo gobierno tras el fallecimiento en noviembre de Franco. Gracias a la intervención del Rey, y a la decisiva gestión del Torcuato Fernández-Miranda, recién nombrado presidente de las Cortes y miembro del Consejo del Reino, Suárez accedía a la Secretaría General del Movimiento. Como refiere Fuentes, con la entrada de Adolfo, Arias, que aún continuaba a la cabeza del gabinete, ‘no sabía con quien se estaba jugando los cuartos’. Pero no sólo Arias. Tampoco pareció saberlo un Manuel Fraga o un José María Areilza; es decir, dos de los nombres que solían aparecer en casi todas las quinielas –y por supuesto en las propias– de los llamados a pilotar la nave del Estado en la nueva fase del

posfranquismo, una vez amortizada la desfalleciente figura de Arias Navarro.

Ni Areilza ni Fraga, ni tantos otros, daban crédito, escribe el autor, cuando siete meses más tarde se enteraron de la noticia de que Adolfo Suárez González (ese ‘tal Suárez’ al que, entre despistado y desdenguado, una vez se refiriera Fraga) era el elegido por el rey para formar un gobierno con el cual dar un decisivo impulso a la reforma democrática.

En aquellos cruciales momentos de la historia reciente de España el tiempo, para todos, pasaba muy deprisa, repite una y otra vez en las páginas de su libro Juan Francisco Fuente. Efectivamente, sin cobrar la debida conciencia de este hecho apenas resulta posible comprender las rápidas evoluciones experimentadas por el propio Suárez, y todavía más difícil resulta comprender el altísimo grado de sincronización que se produjo entre aquellas evoluciones de Adolfo y las experimentadas por un buen número de personalidades de la política oficial y de la oposición democrática.

Si en julio de 1975, cuatro meses antes de producirse el ‘hecho biológico’, Suárez, y con él no pocos reformistas del régimen, consideraban imprescindible la colaboración con las instituciones del franquismo para proceder a legitimar la Monarquía mediante unas elecciones más o menos amplias, un año después, apenas siete meses transcurridos de la desaparición del generalísimo, en vistas al obstruccionismo de los sectores más inmovilistas o de los ‘poderes fácticos’ (en un lugar preferente la gran mayoría de los jefes del Ejército), toda posibilidad de legitimación democrática de la Corona pareció depender de la sustitución del marco legal vigente por el modelo de libertades políticas y de derechos universales vigente, y triunfante, en el Occidente democrático.

No fueron pocos los que habían llegado a esa conclusión, tiempo atrás, después de análisis teóricos y de reflexiones más o menos sesudas, pero otros muchos, seguramente los más, arribaron a ese mismo punto a través de un hondo sentido de la realidad (entre estos segundos sin duda habríamos de situar a Suárez).

Desde su llegada a la presidencia del gobierno, Suárez –nos cuenta el autor– concentró gran parte de sus energías en la batalla de la opinión. Su experiencia previa al frente de TVE en esto momentos le fue vital. Y en eso basó, afirma el autor, buena parte de su estrategia. Fue “una baza fundamental” que le permitió sortear gravísimos riesgos y manejar, hábilmente y a su favor, los tiempos y los mensajes, de manera –continúa argumentado Fuentes– de que la oposición se fuera convenciendo de que a través de la reforma se iba a una democracia plena, mientras que a las Cortes orgánicas se le hacía pensar lo con-

trario. Como recoge el autor de lo dicho tiempo después por Suárez “[c]ada paso dado en la transición debía desvelar sólo el objetivo inmediato, sin ir más allá, porque, de otra forma, se reforzaría el dilema ‘involución-ruptura’ que debíamos soslayar.”

El momento crucial se planteó con motivo de la aprobación por las Cortes de la Ley para la Reforma Política, el 18 de noviembre de 1976; operación compleja, en absoluto de entrada *abocada al éxito*, en cuyo diseño y ejecución fue decisiva la intervención de Torcuato Fernández-Miranda.

Como acertadamente –y oportunamente– escribe Fuentes sería un grave error pensar en la transición española como si se tratase de ‘una página en blanco sobre la cual se iba escribiendo el cambio político por un impulso automático carente de reflexión’. Como también sería erróneo, sigue argumentando el autor, entender la Transición ‘como una respuesta improvisada a unos acontecimientos que escapaban a todo control’. No fue el silencio sobre el pasado español lo que fraguó el ‘espíritu de la transición’. Tampoco lo fue el olvido de ese mismo pasado, sino que, dicho espíritu, se fundó en la meditación sobre ese pasado, no para emularlo sino para evitar a toda costa reincidir en el cúmulo de errores que habían producido la guerra y el enfrentamiento entre los españoles. En este sentido, la Transición podría entenderse como una empresa virtualmente colectiva, en cuyo desarrollo y éxito final habría sido fundamental la voluntad y el esfuerzo de toda una generación, tanto de representantes de la política oficial como de la oposición democrática, por encarar la historia de España para convertirla en una especie –escribe Fuentes– “de manual al uso que proporcionaba todo lo que *no* había que volver a hacer.”

Siendo básicamente, en nuestra opinión, esto así, también es –creemos importante recalcar la importancia que para la buena marcha del proceso de cambio tuvo un conjunto muy amplio de factores circunstanciales y de naturaleza contingente, como, por ejemplo, la decisión que hizo posible que la presidencia del gobierno en el momento decisivo de diciembre de 1975 recayera en la persona de Adolfo Suárez. Si resultaría a todas luces una exageración pensar que, una vez tomada esa decisión, virtualmente estaba ya todo hecho, lo que no se puede negar es que esa circunstancia fue capital para que el cambio político fuera posible o para que culminase, en diciembre de 1978, con la aprobación de una Constitución democrática. Adolfo Suárez desarrolló todo su aprendizaje en un sistema donde la política era el privilegio del poder. Esa premisa tan difícilmente compatible con la comprensión democrática del poder, así como con la noción y práctica democrática de la política, sin embargo iba a resultar clave

en el empeño suarista por incorporar a todos los sectores y grupos dispuestos a colaborar con la Corona a la tarea de creación de un nuevo marco político e institucional, con el que reemplazar y superar el políticamente amortizado orden franquista. Pero, como señala el autor, de esa misma premisa se derivaron una serie de déficits que, al final, iban a impedir a Suárez mantener su protagonismo político una vez restablecido en plenitud el juego democrático.

Como escribe Fuentes, apoyándose en el testimonio siempre esclarecedor de Eduardo Navarro, Suárez no supo aceptar algo tan simple como que el tiempo de la épica y de los milagros políticos había pasado para siempre, y que en la nueva etapa iniciada en marzo de 1979 el presidente del Gobierno tenía que descender a la humilde condición de 'político normal'. Sin embargo –y, tal vez no del todo contra pronóstico–, las condiciones de Suárez no demostraron conjugarse bien con esa normalidad democrática, de modo que, a partir de entonces, de manera tan progresiva como inexorable, iba a dar comienzo el declinar de su estrella política.

Juan Francisco Fuentes Aragonés es Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid y en el Instituto Universitario Ortega y Gasset. Entre otras obras, ha publicado: *El fin del Antiguo Régimen (1808-1868): política y sociedad* (2010); *Historia universal del siglo XX* (2010); *Largo Caballero: el Lenin español* (2005); *Luis Araquistáin y el socialismo español en el exilio (1939-1959)* (2002); *Los intelectuales españoles y el mito de la guerra civil* (1998); *José Marchena: biografía política e intelectual* (1989) y *Si no hubiera esclavos no habría tiranos* (1988).

Alvaro Ferrary
Universidad de Navarra

Duran Pastor, Miquel y Serra, Sebastià (coords.), *Les Illes Balears, un ésser viu. 25 anys d'autogovern (1983-2008)*, Palma de Mallorca, Instituto de Estudios Autonómicos, 2008, 611 pp. ISBN: 978-84-95904-33-1.

Índice: I. Del Decret de Nova Planta a la transició democràtica. Miquel Duran. II. De la Diputació Provincial als consells insulars. Jordi Pons. III. El comportament electoral de les Illes Balears durant la preautonomia. Llorenç Carrió. IV. Població i societat: els canvis socials. Isabell Moll. V. Vint-i-cinc anys d'evolució econòmica i social de les Illes Balears. Climent Picornell i